

Omar Rayo

en el imaginario artístico colombiano

Félix Ángel ¹

¹Este texto fue escrito por Félix Ángel para el homenaje *In Memoriam* en honor de Omar Rayo, que se llevó a cabo en Nueva York, el 11 de Diciembre de 2010.



En Colombia, cuando un artista plástico deja el mundo visible, desaparece casi automáticamente del imaginario nacional, asumiendo -por supuesto- que hacía parte de ese imaginario. Y ni se diga del vulgo cuya mente vive pendiente de pequeñas cosas, y otras –quizás menos pequeñas- como llegar a la oficina a tiempo a pesar del tráfico que en Colombia es sinónimo de desorden y caos urbano; ansiar que no le boten del trabajo si es que tiene uno; angustiarse por no enfermarse; temer que lo atraquen y le roben; o confiar que en la calle y la carretera no lo maten.....

La única forma que tiene un artista colombiano de no morir después de muerto es dejar en otros lados la constancia de que su talento no dependió de la vara de la mediocridad con que Colombia se vanagloria para auto-medirse. Es una vara raquí-tica, chata y torcida que no corresponde con otras formas de medición en lugares civilizados, más educados, menos corruptos, y substancialmente más amables. Esa vara cuya concepción métrica no cabe en ninguna mente inteligente está expulsada de cualquier sistema racional porque no aguanta comparación con ningún orden medianamente lógico.

El arte de Omar Rayo está por todo el mundo, embebido con su ingenio, su humor, su malicia. Lo que diga Colombia o los colombianos, bueno o malo, importa muy poco.

En Colombia, los artistas padecen las mismas dificultades que Omar Rayo tuvo que enfrentar en su juventud. Por eso muchos se marchan del país, no porque quieran, sino porque los obligan las condiciones políticas, económicas y sociales, pero sobre

todo la indiferencia de su gente hacia todo lo que es labor del intelecto y la creatividad. Muchas personas dicen que las cosas han cambiado, que es posible hacer carrera en el país. Toca preguntarse: ¿Qué tipo de carrera? Personalmente veo la situación como un mal crónico que ha persistido por décadas, más de un siglo. Se habla de hacer algo para remediarlo, pero en la práctica no se concreta nada, o casi nada. Hay excepciones. En algunos casos, la misma gente que otrora se fue del país como Omar Rayo, actúa por su cuenta para romper esa cadena, a sabiendas de que es una pelea cuesta arriba.

Los artistas son por lo general personas egocéntricas. En contadas ocasiones lamentan la pérdida de un colega. Un considerable segmento –y me consta– cuando ve que alguien de los suyos se va de la ciudad o de este mundo, respira con la tranquilidad que se asemeja a quedar sentado en el bus después de que la mayoría de los pasajeros se baja así no se tenga destino fijo. El medio artístico de Colombia, un país cuya gente se considera entre la más feliz del mundo, es así de constreñido en lo humano, en lo sensible, en lo espiritual. Al que se va, lo entierran antes de tiempo.

En “el país de la gente casi más feliz del mundo” no hay rabia más grande que saber de alguien que se fue y tuvo éxito. Pero más que éxito (dado que la palabra puede prestarse a confusiones), que reciba el reconocimiento que la mezquindad de sus paisanos es incapaz de conceder. Al colombiano en general el talento de los demás le quita el sueño. Si duerme, sufre de pesadillas sabiendo que en otra parte, quien se ha ido ha sido capaz de imponerse sobre las vicisitudes sin ayuda de nadie. En Colombia vivimos de la ayuda de otros y el que se va no cuenta. Quien se marcha de Colombia se considera un desertor, un traidor, y no amerita que se le recuerde. Se le ignora, por eso de una vez lo entierran.

Claro que eso dura hasta que públicamente, en otros lugares, se reconoce la valía de esos individuos. Ahí sí, todo el mundo habla bien de dientes para afuera, y de paso, se apropia de una tajada del reconocimiento, así sea delgadita. Ayudamos a que resucite. ¡Somos tan nobles! ¡Tenemos gente de tanta valía! ¡Somos tan justos para reconocer el triunfo ajeno! ¡Somos tan solidarios! Ante el

éxito cambiamos el estribillo con el mismo oportunismo con que siempre esperamos que quien se fue, regresara vencido, pobre y fracasado. Nos obnubila la celebración del fracaso. Y lo hacemos con saña y vandalismo, como los fanáticos de fútbol al salir del partido.

Cuando alguien le va bien hablamos de suerte. Decimos: ¡Qué de buenas! Eso era lo que decían de Omar Rayo algunos de los artistas más maduros que conocí en mi juventud, en Medellín, cuando se enteraban de alguna incursión internacional. A regañadientes reconocían que el tipo no debía ser ningún bobo, pero no pasaban de ahí. La nobleza está por fuera de nuestras capacidades. La sola palabra nos enmudece; la utilizamos sin saber exactamente qué significa cuando individuos como Omar Rayo deciden aportarle al país lo que a ellos nunca les dio, y millones de otras gentes no pueden o no quieren, o no les ha dado la gana por avaricia, incapacidad, poquedad, y estupidez.

En Colombia entendemos la generosidad como el acto de recibir sin merecer y sin crear obligaciones. No sentimos agradecimiento con aquel que nos brinda ayuda porque asumimos que quien lo hace es porque puede y no le hace falta. Al contrario; decimos que es su deber mientras nos eximimos de responsabilidades. A ello reducimos la generosidad: A pedir y recibir. Perdido está en el diccionario el término compartir, que es lo que fundamenta la generosidad y está cerca de expresiones que rara vez pronunciamos con el corazón, como por ejemplo “muchas gracias”.

El caso de Omar Rayo es muy especial. Muchos lo admiramos en vida. Ahora, lo extrañamos en ausencia. Aunque una vez muertos nada puede importarnos, es imposible entre los vivos no hacer la reflexión y experimentar cierta ansiedad de lo que puede suceder con nosotros, o mejor dicho, de lo que puede no suceder.

Omar Rayo fue el epítome del artista talentoso, luchador, brillante, innovador, generoso. Mucho antes de que otros lo imitaran otorgando regalos con agendas poco claras que más bien dan la impresión de ocultar un deseo de apropiarse de instituciones y lugares públicos, Omar tuvo el gesto más noble que un artista puede tener con su pueblo natal: hacerle el honor. El honor no tiene precio

y no se puede comprar. Pero en Colombia sabemos muy poco de ese asunto.

Omar fue el artista que todos queremos ser. No falta quién se resista a aceptarlo como paradigma de lo que nuestro malogrado país puede generar casi por error, aunque lo necesite desesperadamente, en el arte y en otros campos.

Puede que su talante fuese un tanto malgeniado. ¿Qué Colombiano y ciudadano del mundo que tenga dos dedos de frente y los cinco sentidos puede evitar la irritación que produce la complicidad con que millones de gentes parecen convivir y estar conformes –y de acuerdo-- para que nada mejore en el país, sobre todo después de saber --y Omar es un caso concreto— que el destino es susceptible a mejorarse con trabajo duro, determinación, dedicación, honestidad, y convicción?

En Colombia el que no roba deja robar para que algo le toque. Todo se roba: plata, honra, y reconocimiento; y cuando el robo no se condona directamente, se participa en él haciéndonos los bobos. Creo que fue José Saramago quien dijo que solo los pesimistas pueden cambiar el mundo porque los optimistas están contentos con la forma como está. Yo no me atrevería a decir que Omar era pesimista. Lo que sí sé es que nunca estuve conforme con el estado de las artes en Colombia.

Con su imponente físico, Omar parecía uno de esos árboles solitarios cuya frondosidad y vitalidad abrumaban en medio de un paisaje caracterizado por la pobreza de lo aledaño. Su presencia colmaba sin envidiar otros de su clase, especímenes propios de ambientes más saludables y equilibrados, y mejor cuidados. Por eso se sintió tan a gusto en Nueva York, en São Paulo, en Tokio, pero también en Roldanillo. Todo lo que hizo –y si no saben, averigüen-- se caracterizó por la misma contundencia que evoca su apellido. Y el trueno se escuchaba por todos lados.

Su labor en lo artístico y en lo social comunitario es ejemplo. Cómo pudo lograrlo es casi un misterio –al menos para mí, que soy menos suspicaz de lo que quisiera-. De lo que sí podemos estar seguros es que no tuvo que ver nada con suerte sino con inteligencia, constan-

cia, magnanimidad, imaginación, grandeza de corazón, humanidad, sensibilidad, y amor por su profesión y su gente. Omar fue ese artista privilegiado que hace que otros tengamos derecho a no sentir tanto, por un país que nos obligó a vivir exilados como si hubiera sido nuestra escogencia.

Es cierto que Omar Rayo no es un caso único en Colombia, pero sí uno muy particular. Lo que pasa es que cuando juntamos todos esos casos el número sigue siendo muy pequeño en relación a una población con millones de mediocres.

La vida es una suma de alegrías cortas y pesares indefinidos. Y cuando uno es artista, la suma se convierte en multiplicación, y el resultado sale de una vez con exponente. Ahora debemos añadir la muerte de Omar a esa despensa de contrariedades. No faltaron premoniciones. Regresó a Colombia para que enterraran su cuerpo, en su tiempo, en sus términos, en su pueblo, en su museo. Finalmente, parecería que nunca se fue. Hasta se preparó dejando a otros afuera contagiados del mismo entusiasmo y empeño por continuar los emprendimientos en que siempre creyó. Muchas gracias, Omar.

Hay adioses que se dicen con fastidio, y con melancolía, aunque lo primero tiene más chance que lo segundo de esfumarse con el tiempo. Hagamos de cuenta que, en este caso, es más bien un Hasta Luego. Omar deja muchas cosas maravillosas y millones de razones para recordarlo con respeto, cariño, simpatía y nostalgia. Menos mal que recordar es la oportunidad de revivir por un momento lo intangible y en esa forma la felicidad, aunque también la tristeza, tienen otro chance. Por ese lado al menos, Omar continuará vivo. Y ni hablar de su obra plástica, consignada por derecho propio en la historia del arte.

Ante lo irremediable alegrémonos por la fe inquebrantable y lealtad incondicionales que por el arte Omar Rayo profesó, razón por la cual hoy nos reúne en Nueva York, su hogar adoptivo. En el imaginario artístico de Colombia y el mundo, el arte fue su única religión y no hay duda que ahora es su cielo.

Washington, DC